

PRESENTACIÓN

Este primer volumen del *Curso de teoría del conocimiento* de Leonardo Polo tuvo su inicio en la transcripción de las cintas grabadas por la Dra. María José Franquet en las clases de la asignatura *Teoría del conocimiento*, que durante el curso académico de 1982-1983 Polo impartió a los alumnos del cuarto año de la Licenciatura de Filosofía, que conformaban la XX Promoción de Filosofía de la Universidad de Navarra. Quien esto escribe pertenecía a esa promoción; también María José Franquet era alumna de ese curso. Fue ella quien se encargó personalmente de aportar todo el material de grabación y de realizar las transcripciones. Polo mismo comentó por aquellas fechas: «sin la labor de María José mi obra habría quedado inédita». En efecto, todos los libros en cuya introducción o prólogo Polo la nombra los había grabado y transcrito. En la única dedicatoria de libro que ella conserva del maestro, él quiso escribir «a M^a José Franquet, gran colaboradora». Un profesor de filosofía que por aquellas fechas seguía de cerca el pensamiento de Polo le comentó: «contigo Polo ha encontrado la forma de trabajar». Ciertamente así fue durante muchos años. La secuencia: grabar, transcribir, corregir y transcribir lo corregido fue excelente para que muchos libros de Leonardo Polo pudieran editarse. El consejo editorial de estas *Obras Completas* quiere dejar patente, una vez más, su gratitud a la Dra. M^a José Franquet por todo su inestimable trabajo y ayuda a Don Leonardo.

Fue, pues, María José Franquet quien grabó y mandó transcribir las cintas del primer volumen del *Curso de teoría del conocimiento*. Polo corrigió en buena parte el texto, lo separó en lecciones, lo dividió en epígrafes, corrigió la puntuación, el estilo y evitó las repeticiones propias del lenguaje oral. Tras ello, María José se ocupó de introducir las numerosas correcciones polianas de cara a la publicación. La primera edición de este volumen fue publicada en Pamplona el año 1984 por la editorial Eunsa. La segunda se realizó en 1987, y la tercera en 2006, ambas en dicha

editorial. Esa última cuenta con alguna errata debido a las autocorrecciones automáticas propias del ordenador. La edición que ahora ofrecemos la hemos preparado Gonzalo Alonso Bastarache y yo, quienes hemos revisado el texto incluyendo alguna obvia corrección.

Temas afines a los tratados en esta obra se pueden encontrar, al menos parcialmente, en otras publicaciones de Leonardo Polo; en concreto, en sus libros *Nominalismo, idealismo y realismo*¹, *El conocimiento del universo físico*² y, también en *Lecciones de Psicología clásica*³, trabajo que aunque es anterior a los citados y a los volúmenes del *Curso de teoría del conocimiento*, fue publicado posteriormente. Asimismo se encuentran alusiones o exposiciones a algún tema aquí tenido en cuenta en sus artículos «Fenomenología del despertar»⁴ y «Lo intelectual y lo inteligible»⁵.

Tras las sucesivas ediciones de este primer tomo del *Curso de teoría del conocimiento* se publicaron varias reseñas⁶. Por otra parte, son numerosos los estudios de conocedores de esta temática poliana, que pueden servir de introducción o profundización a este relevante volumen; sin ánimo de exhaustividad, pueden citarse aquí los libros de Yepes, R., *La doctrina del acto en Aristóteles*⁷; Sellés, J. F., *Conocer y amar. Estudio de los objetos y operaciones del entendimiento y de la voluntad según Tomás de Aquino*⁸, Murillo, J. I., *Operación, hábito, reflexión: el conocimiento como clave antropológica en Tomás de Aquino*⁹; González Ginocchio, D., *El acto de conocer. Antecedentes aristotélicos de Leonardo Polo*¹⁰. Y asimismo, el artículo de Esquer, H., «Actualidad y acto»¹¹, y el de Posada, J. M., «La extratemporalidad del pensar como acto perfecto»¹².

¹ Pamplona, Eunsa, 1997; 2ª ed., 2001.

² Pamplona, Eunsa, 2008.

³ Pamplona, Eunsa, 2009.

⁴ *Anuario Filosófico*, XXVII/2 (1994) 677-682.

⁵ *Anuario Filosófico*, XV/2 (1982) 103-132.

⁶ Cfr. SKARICA, M., *Philosophica*, 8 (1985) 253-154; F. F., *Palabra*, 253-4 (1986) 484-485; GONZÁLEZ GINOCCHIO, D., *Studia Poliana*, 9 (2007) 246-249.

⁷ Pamplona, Eunsa, 1993.

⁸ Pamplona, Eunsa, 1994, 2ª ed. 2000.

⁹ Pamplona, Eunsa, 1998.

¹⁰ Cuadernos de Anuario Filosófico, Serie Universitaria, nº 183, Pamplona, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, 2005.

¹¹ *Anuario Filosófico*, 25/1 (1992) 145-163.

¹² *Studia Poliana*, 1 (1999) 25-58.

A nuestro juicio, cabe indicar que a partir de este primer volumen Polo ofrece con precisión la *axiomatización* del conocer humano, es decir, presenta de modo patente cómo operan activamente nuestros sentidos y nuestra razón, paso a paso, nivel a nivel, de modo clarividente, a la par que dialoga y expone, y en su caso corrige, otras interpretaciones de muy diferentes autores de la larga historia de la filosofía. Siempre resulta impresionante el conocimiento y la connaturalidad que Polo tenía con los grandes filósofos y el diálogo y la interpretación *in melius* (como le gustaba subrayar al indicar cómo debía ser cualquier interpretación).

Leonardo Polo contaba, cuando empezó a dictar este curso, con la plena madurez de sus 57 años. Los puntos clave del mismo –los *axiomas* del conocer humano– los tenía meditados y nítidos desde antes, pero en este tratado les da vueltas hasta la patencia y los expone con una claridad meridiana. La aludida madurez del autor se nota en este primer volumen no sólo en su profundización de los puntos clave de la teoría del conocimiento aristotélica, sino en su haber pensado a fondo las hipótesis noéticas centrales de los grandes autores clásicos (por citar algunos de los más habitualmente mencionados en el *Curso*: Platón, San Anselmo, Escoto, Ockham, Descartes, Espinosa, Leibniz, Locke, Hume, Kant, Fichte, Schelling, Hegel, Kierkegaard, Marx, Nietzsche, Brentano, Husserl, Heidegger, Wittgenstein, Zubiri, etc.).

Esa madurez se pone de manifiesto también en la nitidez con que afirma sus propios descubrimientos. Se pueden señalar, como ejemplo, unos pasajes del propio autor. En efecto, al inicio de esta obra Polo indica que, si se descubre el modo de ser del conocer humano, el cual actúa siempre como actúa, es decir, si se descubre su intrínseca necesidad, cabe decir «que toda teoría del conocimiento humano que no reconozca estos axiomas, o que se haga al margen de estos axiomas, es falsa». Al decir esto, Polo era consciente de que en nuestro tiempo tal afirmación «puede resultar poco tolerable». Por eso añadió: «quien se atreva a decir esto, teniendo en cuenta por dónde van los aires hoy, resulta medieval, pues ello implica que la teoría del conocimiento de Kant, de Hegel, o de cualquiera, si no reconocen los axiomas propuestos, son equivocaciones. Pues sí, lo son: la axiomática lo implica». Con todo, y por suerte, Polo no se arredró ante la ‘corrección política’, sino que expuso con fuerza la verdad que descubrió sobre el conocer humano, del cual decía que, obviamente, ‘no es absoluto –absoluto sólo es el conocer divino–, pero tiene una dimensión absoluta, pues conoce como conoce y no puede conocer de otro modo’, porque suponer que se pueda ejercer el conocer de otra manera a como se ejerce es erróneo y se puede demostrar de modo claro que esa suposición es equivocada. Las

precedentes afirmaciones no responden a una actitud arrogante o voluntarista, sino al descubrimiento y fidelidad al modo de ser del conocer humano. Para explicarlo, parece conveniente anticipar, con palabras del mismo Polo, que «un axioma no es un dogma. Un axioma es un indubitable, absolutamente patente, y además tiene tal carácter por dignidad». De esto va tratar el autor en este libro, de las patencias que se dan en el conocer humano, de la cierta necesidad que implica, debida a su suficiente independencia respecto del sujeto humano. Cabe decir que tal actitud de descubrimiento y defensa de la verdad del conocer humano se advierte de modo nítido en esta obra.

Leonardo Polo manifestó que su primer volumen del *Curso de teoría de conocimiento* es 'el que más claves tiene de los cuatro' que lo componen. En efecto, este primer libro ofrece la panorámica completa de lo que en los restantes se aborda minuciosamente. El *Curso* posee además la ventaja de que se exponen los puntos neurálgicos de un modo claro y asequible a un público amplio, porque la dificultad de comprensión de los volúmenes se incrementa en la medida en que crece la numeración romana que comparece en la portada de los mismos.

En cuanto a las fuentes, cabe indicar que tanto los axiomas centrales como los laterales del conocer humano, tal como Polo los denomina, así como otras tesis noéticas relevantes aquí expuestas, se hallan en el *corpus* tomista y, en rigor, todos ellos están, en síntesis, en Aristóteles, lo cual ratifica que éste, como los demás cursos polianos, es de inspiración aristotélica. Efectivamente, en este ámbito filosófico Polo es netamente aristotélico, solo que prolonga vertiginosamente los descubrimientos capitales del estagirita; también, a nuestro juicio, los de Tomás de Aquino. Asimismo, resulta pertinente indicar que esta teoría del conocimiento de Polo es, a nuestro modo de ver, más clara, aguda, concreta y completa que otras recientes que siguen la horma clásica.

En cuanto a los *axiomas* del conocer humano, Polo distingue entre cuatro centrales y cuatro laterales. A continuación, se aludirá brevemente, en primer lugar, a los centrales, y luego a los laterales. Antes es preciso indicar que para Polo la teoría del conocimiento que él expone pormenorizadamente no sobrepasa el nivel racional. Es decir, Polo admite que la persona humana dispone de niveles cognoscitivos superiores a los que le ofrece su inteligencia, a saber, el conocer personal (el del *intellecto agente* o conocer a nivel de *acto de ser*) y el de cada uno de los tres hábitos innatos superiores a la razón que son instrumentos nativos con que cuenta la persona humana (que de superior a inferior son el hábito de sabiduría, el de los primeros

principios y el de la sindéresis). No obstante, cuando Polo trata de 'teoría del conocimiento humano' no habla de tales niveles superiores, sino de aquellos otros que culminan en la razón o inteligencia (*entendimiento paciente* o posible en denominación aristotélica).

Para Polo el axioma nuclear es el primero de los centrales, que enuncia así: «*El conocimiento es acto*». Tal afirmación no puede sorprender a nadie formado en la filosofía clásica y medieval, pues de un modo u otro lo mantienen todos los pensadores de dicha tradición. En cambio, se desdibuja hasta perderse a partir de la Baja Edad Media y se conculca abiertamente por buena parte de los filósofos de la modernidad, hasta ser recuperado, aunque parcialmente, por algunos estudiosos aristotélicos y tomistas en el siglo XX. Que el conocer sea activo denota que las operaciones inmanentes y los hábitos adquiridos de la razón son realidades inmateriales activas y, por tanto, al margen de la realidad física, de sus coordenadas espacio-temporales, y por ende, ajenos al movimiento y la transitividad de los procesos físicos. Por eso Polo llama al acto de pensar 'presencia', pues, en rigor, el presentar (y lo presentado), por mental, es actual, no movimiento alguno, o sea, no característico de la realidad extramental, pues en lo físico todo se mueve constantemente y nunca nada ha dejado de suceder. De ahí dos advertencias polianas: a) Una, que extrapolar la actualidad de la presencia mental al estatuto de la realidad extramental es un error que da lugar a lo que él llama una 'metafísica prematura'. b) Otra, que para conocer la realidad extramental y la que está más acá de lo mental, tal cual ellas son, hay que abandonar la presencia mental por elevación noética, pues tal presencia ofrece obviamente un límite –el de la actualidad–, para conocer lo que no es de su índole, a saber, lo transfísico o primeros principios de la realidad extramental, y lo transinmanente o co-actos de ser que conforman a la persona humana. En esto radica el método poliano llamado '*abandono del límite mental*'. Como se ve, se trata de actos de conocer, no de actos de ser. Por tanto, es inconveniente confundirlos o asimilarlos. En suma, un acto de conocer no es un acto de ser, pero es manifestación en la esencia humana del acto de ser personal humano.

El segundo axioma central formulado por Polo dice así: «*La distinción entre objetos y operaciones es jerárquica*», y significa que en nosotros se dan pluralidad de operaciones inmanentes y, asimismo, pluralidad de hábitos en la razón (que son más activos que las operaciones inmanentes), y que la distinción entre todos ellos radica en el que el acto superior conoce más que el inferior, pues conoce precisamente aquello que no podía conocer el inferior. Este axioma ha sido más secunda-

do en la historia de la filosofía, pues salvo Hegel, que pretende subsumir todo el conocer bajo un único nivel, el concepto, los demás pensadores lo han admitido. Con todo, incluso Hegel admite diversos niveles cognoscitivos que hacen de tesis y antítesis antes de llegar a la contemplación de la síntesis. El problema en las formulaciones gnoseológicas de los diversos filósofos en este punto no suele estar en que no admitan grados cognoscitivos, sino en otros aspectos tales como, por ejemplo, que subordinen los superiores a los inferiores, que incluyan unos en otros o los mezclen, que pretendan conocer con niveles inferiores temas superiores, que todo nivel cognoscitivo tenga la misma índole (pongamos por caso, que todo conocer sea objetivo o según objeto pensado), que se admita un último acto en el que comparezca todo el saber, etc.

Del tercer axioma central, «*Las operaciones, los niveles cognoscitivos, son insustituibles, pero también unificables*», cabe indicar dos cosas: a) Una que, como decía Polo, el conocer humano, tras subir de nivel, no ‘tira la escalera’ que le ha permitido subir, sino que respeta el conocer inferior y favorece que se siga ejerciendo. Dicho de otro modo: el nivel superior no sustituye o suplanta al inferior, o sea, no vuelve a conocer lo mismo que conoció el inferior, aunque eso mismo fuese conocido de modo distinto, mejor o peor, que tal nivel. Por eso, por ejemplo, y frente a la tradición medieval, Polo sostiene que los hábitos adquiridos no conocen objetos o ideas pensadas, pues esto ya lo conocen las respectivas operaciones inmanentes; sino que conocen, precisamente lo que aquéllas no podían conocer, a saber, los mismos actos u operaciones inmanentes, ya que éstos no son reflexivos o autointencionales, sino que se agotan presentado sus respectivos objetos pensados, se conmensuran con ellos. b) Otra, que son precisamente los niveles de conocer superiores los que se encargan de unificar a los inferiores, sencillamente porque los conocen o manifiestan. Por eso el conocer humano no es un mosaico de teselas dispersas, sino un entramado inmanente en el que se ejercen muchos actos a la vez, *simul*, aunque cada nivel tenga su tema propio y distinto al de los demás.

El cuarto y último axioma central, que Polo formula así: «*La inteligencia es operativamente infinita*», y al que también lo llama *axioma de la perfección o culminación*, indica que, precisamente porque la inteligencia es nativamente una potencia pasiva o *tabula rasa*, puede crecer irrestrictamente cuando es activada por una dimensión noética activa superior a ella. Si ya fuera activa *a nativitate*, siempre actuaría del mismo modo. Polo decía que si la inteligencia no estuviese llamada a conocer cada vez más y mejor no arrancararía. Si el conocer humano va a más, este axioma

permite conocer a las claras que los errores en teoría del conocimiento nunca son por exceso, sino por defecto, y además, que siempre se puede dar cuenta de los errores desde niveles de conocimiento superiores a aquellos en que éstos se han cometido.

En cuanto a los *axiomas laterales*, hay que indicar que tres de ellos refuerzan al primer axioma central, el del *acto*, mientras que el último fortifica al cuarto, el de la *perfección* de la inteligencia. El primero de los laterales dice así: «*No hay objeto sin operación*», es decir, no cabe asunto pensado sin acto de pensar; por tanto, no caben ideas innatas, pues no se podrían conocer. Esto indica que entre el acto y el objeto pensado no sólo se da una conmensuración, sino que entre ellos no cabe divorcio posible. Se trata de una dualidad inescindible, aunque uno de esos dos miembros, el acto, sea superior al otro, el objeto, porque el primero es real (aunque inmaterial) y el segundo, ideal o intencional.

El segundo axioma lateral se enuncia de este modo: «*El objeto es intencional*». Indica que en el conocer lo intencional es el objeto pensado, no el acto de pensar. Recuérdese que a partir de la fenomenología, por influjo de Brentano, se interpretó los actos de conocer como intencionales (Husserl, Scheler, Heidegger, Meinong, Millán-Puelles, etc.), y que así se han entendido también por parte de algunos pensadores en contexto más bien neotomista (Boyer, De Finance, Fabro, Webert, Sainte-Marie, etc.). Es sabido asimismo que esta hipótesis se ha venido a llamar ‘teoría reflexiva’ y que, tanto en una vertiente filosófica como en otra, se ha sostenido que el acto, a la par que conoce al objeto, se autoconoce, e incluso que, a la vez, conoce a la razón y también al sujeto. Para Polo no hay autorreflexión de ningún acto sobre sí y sobre otras dimensiones humanas, sencillamente porque ningún acto de conocer es intencional. Sostenerlo equivale a interpretar los actos de conocer como si de actos volitivos, tendenciales, se tratase; esto parece, en rigor, un voluntarismo de fondo. Especial riesgo tiene esta hipótesis –netamente neoplatónica– cuando algunos la aplican al sujeto, pues se sienten urgidos a mantener que éste inicialmente no se conoce y que al final de la vuelta reflexiva se conoce por completo, lo cual implica dos cosas, ambas imposibles: a) Una, que se pretende educir el saber personal humano de la ignorancia. b) Otra, que si el sujeto humano se puede llegar a conocer por sí sólo de modo completo, Dios estaría de más, lo cual desde luego no es menos inadmisible o problemático.

El tercer axioma lateral, «*El objeto es formal si es precedido en el órgano por una especie impresa o retenida*», explica la distinción a nivel sensible entre lo orgánico

y lo inmaterial del conocer, asuntos que frecuentemente se han prestado a confusión en buena parte de autores modernos, como ordinariamente sucede asimismo en las actuales disciplinas que versan sobre la temática *mente-cerebro*. A la par, también da razón de la continuidad del conocer racional respecto del orgánico, vinculación que resuelve la problemática que ofrecen las exposiciones gnoseológicas modernas y contemporáneas de diverso cuño: a) Unas, que interpretan lo sensible y lo racional como dos sustancias –*res extensa* y *res cogitans*– distintas y contrapuestas. b) Otras, que no pueden explicar dicha vinculación, bien porque al ser materialistas admiten que ambas son de la misma índole material; bien porque al ser ‘dualistas’ no logran dar cuenta de la unificación.

Por último, el cuarto axioma lateral, «*La inteligencia no es un principio fijo. Crece como tal merced a los hábitos*», indica que los *hábitos* adquiridos de la razón constituyen el crecimiento o desarrollo de ésta, los cuales siempre se puede activar más. Como los actos de la inteligencia son distintos, según se trate de una vía operativa u otra de esta facultad (generalización, razón teórica, razón práctica), también los hábitos son distintos en cada una de esas vías operativas. A la mejora de la inteligencia con hábitos Polo lo llama ‘*esencialización*’, pues estas perfecciones ya no son naturales en la inteligencia, sino un añadido al estado natural de la razón. Del mismo modo habla cuando la voluntad es perfeccionada con *virtudes*. Este modo de decir permite distinguir en el hombre entre lo que forma parte de su *esencia* y lo que es distintivo de su *acto de ser*. De esa manera se retoma la distinción real tomista ‘*essentia-actus essendi*’ y se esclarece en teoría del conocimiento y en antropología.

Teniendo en cuenta esto último, hay que indicar que la teoría del conocimiento es axiomatizable sencillamente porque es manifestación a nivel de *esencia* humana del *acto de ser* personal humano, y éste es axiomatizable, es decir, está conformado por los axiomas que Polo llama radicales o *trascendentales* personales (coexistencia, libertad, conocer y amar personales). Con todo, los axiomas de teoría del conocimiento humano son irreductibles a los antropológicos, porque tienen cierta suficiencia y se pueden explicar sin inclusión en, o con dependencia directa estricta de, los personales. Y lo mismo cabe decir de la axiomatización de otras disciplinas filosóficas por parte de Leonardo Polo (metafísica, ética, psicología...), pero esto –que es de largo recorrido– conviene relegarlo para otro momento.

Una postrera advertencia: *todos los axiomas están vinculados*. De manera que si se niega uno (Polo habla de ‘conculcar’), se acaba negando, implícita o explícitamente, todos los demás. Esto sirve de gran ayuda al lector cuando tiene que enfren-

tarse con teorías del conocimiento –sean éstas antiguas, modernas o recientes– que le parecen ciertamente difíciles o complejas. En efecto, si advierte que una de las propuestas gnoseológicas de determinados autores se opone a alguno de los axiomas que muestran a las claras cómo procede el conocer humano, puede presumir que tales hipótesis también se oponen, más o menos abierta o contundentemente, al resto de los axiomas. Por tanto, puede notar de modo fácil que está ante propuestas noéticas que –seguramente pese a la buena intención de quienes las formulan– son incorrectas. Por último, también cabe indicar que la lectura de esta obra excepcional, tan relevante desde tantos puntos de vista, al mostrar de modo clarividente las verdades clave del conocer humano, permite también comprobar los desenfoques de los distintos relativismos, escepticismos y subjetivismos.

JUAN FERNANDO SELLÉS